

## **Arenas y sus precursores: José María Heredia en *El mundo alucinante***

Candelaria Barbeira

Facultad de Humanidades, UNMDP

[candelariabarbeira@hotmail.com](mailto:candelariabarbeira@hotmail.com)

### **Resumen**

Este trabajo se propone el abordaje de la novela *El mundo alucinante* (1968)<sup>1</sup> de Reinaldo Arenas (Holguín, 1943 - Nueva York, 1990) a partir de los vínculos intertextuales que establece con relación a la producción y la figura del poeta José María Heredia (Santiago de Cuba, 1803 - Toluca, 1839). Partimos de la sospecha de que, a través de la intertextualidad y la parodia, en *El mundo alucinante* se retoman diversas figuras que operan en tanto modelos y anti-modelos, conformando una constelación que sirve a Arenas para plasmar su propia figuración de autor.

### **Abstract**

The purpose of this paper is to understand the Reinaldo Arenas novel *El mundo alucinante* (1968), beginning with the intertextual links he makes that relate to the life and work of the poet José María Heredia. Our starting point is the idea that *El mundo alucinante*, through intertextuality and parody, brings back diverse historical figures which act as positive and negative characters that help in expressing the author's self-figuration.

*El mundo alucinante* surge como libre reescritura de las memorias de Fray Servando Teresa de Mier (1763-1827), personaje que se destaca tanto en los anales de la historia mexicana como en las páginas de Arenas por lo singular de su biografía y lo irreverente de su escritura. Quizá podría decirse lo mismo del escritor cubano, y acaso también sea por ello que una y otra vez se vuelva a hacer hincapié en el paralelo entre estas dos figuras, devenidas autor y creatura. Sin embargo, a lo largo de esta novela, la segunda de Arenas, surgen diversos personajes, retomados de la historia o de otras ficciones, componiendo una galería que incluye desde el ya mentado fray Servando hasta el Orlando de Virginia Woolf, pasando por Madame de Stäel y Alejo Carpentier, junto a varios y variados otros. En algunos casos la inclusión de personajes históricos se ve determinada por el pre-texto sobre el cual trabaja el escritor, como Simón Rodríguez, Blanco White, Chateaubriand, entre otras personalidades con las que tuvo contacto el fraile en su derrotero. Sin embargo, ciertas presencias no responden a ese condicionante previo (que parece no establecer demasiadas limitaciones a la inventiva areniana). A esta última categoría responde la introducción del personaje de José María Heredia, poeta cubano que coincidió con Servando en la ciudad de México, pero de cuyo encuentro no hay evidencia alguna. Arenas instala este personaje y crea en su ficción un cruce contrafáctico entre ambos, aportando su propia semblanza de Heredia, personaje en el que nos centraremos en el presente trabajo. Haciéndonos eco de la propuesta borgiana, podríamos decir que, mediante ciertas figuras que retoma y reinventa,

---

<sup>1</sup> Tomamos la fecha de la primera edición: *Le monde hallucinant*, París: Éditions du Seuil, 1968; en castellano: *El mundo alucinante*, México: Ed. Diógenes, 1969. A lo largo del trabajo se citará la edición de Tusquets, 2001.

Arenas crea a sus precursores como una estrategia para inventarse a sí mismo. Este supuesto implica, a su vez, la posibilidad de pensar el enlace con lo cubano en tanto otro punto de inflexión entre las circunstancias históricas en las que se ambienta la acción narrativa (la lucha independentista americana) y el contexto de producción de la novela; bisagra que permite al autor efectuar, de manera sesgada, una lectura de su propia época, signada por la revolución cubana.

Antes de abocarnos a la imagen de Heredia modelada por Arenas, vale repasar algunas circunstancias que resultan esenciales para aquilatar su presencia en *El mundo alucinante*. A pesar de que el tiempo y las siguientes generaciones habrían de erigirlo como el primer poeta nacional cubano, Heredia pasó en Cuba sólo seis años de su vida. Durante la juventud viaja junto con su familia; luego, en 1823, debe exiliarse en Estados Unidos por motivos políticos, al descubrirse su participación en una logia que conspiraba en favor de la independencia. Dos años más tarde se instala finalmente en México, donde es recibido por el presidente Guadalupe Victoria en su papel de “bardo de la libertad americana” (Piñeyro 1907: 196). Este incidente histórico, la estadía de Heredia en México, es utilizado para generar el encuentro imaginario entre el poeta y el fraile.<sup>2</sup>

El gesto de Arenas al recuperar este personaje no puede ser sino mediado por otras circunstancias posteriores a esa fecha. Los años restantes en la vida del poeta estuvieron marcados por diversos avatares políticos: durante la guerra civil mexicana de 1829, Heredia militó contra el general Bustamante, pero se sigue desempeñando como funcionario público cuando éste vence y asciende al gobierno. Luego ocupa la presidencia López de Santa Anna, a quien Heredia apoya en un primer momento para luego manifestar su oposición (Piñeyro 1907: 203-204). Finalmente, cuando la viuda de Fernando VII declara la amnistía general de todo delito político, Heredia escribe una carta al Capitán General de la Isla, Miguel Tacón, y se retracta de sus ideas independentistas, consiguiendo un permiso para visitar a su familia en Cuba. De este modo, emerge un rasgo que lo vincula con el fraile: el inconformismo patente en las diversas posiciones públicas asumidas, el vaivén de las apologías y retractaciones.<sup>3</sup>

Pero además de los acontecimientos subsiguientes de la vida del poeta, importan las lecturas y apropiaciones que la cultura cubana efectuó con relación a su figura. Nos detendremos brevemente en dos casos puntuales: cómo es retomada por José Martí y por José Lezama Lima. En el artículo-crónica “Heredia”, publicado en 1888 en *El Economista Americano*, Martí proporciona una extensa descripción de aquello que denomina “lo herédico”, y que podríamos resumir (siendo injustos con la prosa martiana) como la amalgama del vuelo poético y el ideario patriótico, declarando a su vez a Heredia “primer poeta de América”. Luego, en una carta a Enrique Trujillo Cárdenas publicada en *El Avisador Hispanoamericano*, ratifica el carácter de mártir del poeta, estableciendo una suerte de epitafio que cristalizará convirtiendo al vate en héroe nacional. Dice Martí: “¿Qué

<sup>2</sup> Recordemos que el fraile muere en 1827, por lo cual no es improbable que ambos personajes hayan coincidido en la ciudad de México, y ambos en cierto momento de ese transcurso fueron huéspedes del presidente Victoria en el Palacio Nacional; sin embargo, no hay documentos que atestigüen que se haya producido tal encuentro, como se advierte en el prólogo: “la Historia no ‘certifica’ si se llegaron a conocer” (17).

<sup>3</sup> Otro viraje que se ha señalado en la ideología asumida por Heredia es el paso de una adhesión y defensa inicial, en su juventud, al poder de la corona española, para luego adoptar la causa independentista. Cfr. Chapman (1961), Augier (1990) y Altenberg (2006).

cubano no se sabe de memoria algunos de sus versos? ¿Ni por quién sino por él y por los hombres de sus ideas tiene Cuba derecho al respeto universal?” (1993: 149). Por último, en el discurso pronunciado el 30 de noviembre de 1889, el escritor se refiere a Heredia como aquel que es “en todo símbolo de su patria”. Casi ochenta años después, en 1966, Lezama Lima dicta su “Conferencia sobre José María Heredia”, donde lo retrata como “el primer cubano que se universalizó”, “el primero de nuestros grandes poetas, el primero de los grandes desterrados, el primero que perteneció a aquella familia de los atridas, que tienen que sufrir un destino espantoso, desde Heredia hasta Martí” (1993: 90). Sin embargo, Lezama finaliza en pocas líneas su reflexión sobre Heredia, derivando la conferencia hacia los románticos europeos. Si en Martí se configura la imagen del poeta de la “cubanía”, lo cubano en literatura entra en relación con “lo herédico” y la estatura legendaria del escritor se mide por una doble vara: calidad poética y compromiso patriótico. En Lezama este último sentido se desplaza: lo emblemático en Heredia será esa maldición del destierro que habrá de prolongarse a través de las generaciones en la estirpe de los cubanos.

De este modo, el carácter de “primer poeta nacional” con el que se inviste a Heredia en las lecturas mencionadas<sup>4</sup> permite pensar que la apropiación de su figura<sup>5</sup> por parte de Arenas pone en juego la escena política y literaria de la isla a partir de ciertas operaciones de tradición selectiva (Williams 2009: 159). En este caso, Arenas toma una figura legitimada para re-legitimarla a partir de motivos que entran en conflicto con los significados y prácticas escogidos por la tradición. En lugar de utilizar el pasado en continuidad con el presente para ratificar el orden contemporáneo, el autor de *El mundo alucinante* busca la continuidad en una dirección alternativa para poner ese orden en discusión.

Llegados a este punto, resulta productivo traer a colación dos trabajos de Rafael Rojas. Uno de ellos, “José María Heredia y la tradición republicana” (2007), hace hincapié precisamente en esta dimensión del poeta que parece haber sido omitida por cierta tradición nacionalista cubana: el moderantismo político y el desencanto del republicanismo hispanoamericano, la oscilación de sus posiciones públicas. Para ello, cita la carta dirigida al Capitán General, en 1836, en la cual el poeta se retracta de sus opiniones pasadas y solicita autorización para viajar a su país natal.<sup>6</sup> Al respecto, Rojas interpreta el contenido de esa carta no como una excusa para poder visitar a su madre en Cuba, sino como “la auténtica confesión de un liberal, frustrado ante las inmensas dificultades de construir un orden republicano en Hispanoamérica” (2007: 26). Este episodio resulta clave en los modos de configuración de la imagen del poeta, hecho que no pasa por alto Arenas, como se explicita en el prólogo de la novela: “En cuanto a Heredia, catalogado por sus contemporáneos como ‘ángel caído’ por el hecho de haber ido a Cuba, a su paisaje, con un salvoconducto expedido por el general Tacón, tampoco es, evidentemente, un ejemplo de

<sup>4</sup> Reforzada por otros factores, como la temprana presencia de la palma real y la estrella solitaria en la poesía de Heredia, tomados luego como símbolos nacionales en la bandera y el escudo de Cuba.

<sup>5</sup> Otro caso reciente de “apropiación” de la figura de Heredia lo constituye *La novela de mi vida* de Leonardo Padura, 2002.

<sup>6</sup> El pasaje referido es el siguiente: “es verdad que ha doce años la independencia de Cuba era el más ferviente de mis votos y que por conseguirla habría sacrificado gustoso mi sangre; pero las calamidades y miserias que estoy presenciando desde hace ocho años, han modificado mucho mis opiniones, y vería como un crimen cualquier tentativa para transplantar a la feliz y opulenta Cuba los males que afligen al continente americano” (Heredia citado por Rojas, 2007: 26).

estabilidad y satisfacción moral y espiritual” (18).<sup>7</sup> Así se anticipa que serán las sombras y no las luces las que tracen el retrato areniano del poeta “mártir”.

Por otra parte, en su ensayo *Tumbas sin sosiego*, Rojas analiza la disputa entre la isla y el exilio por la atribución del panteón nacional, pero también la sensación de ausencia de mitos fundadores y la escritura como espacio donde éstos son restituidos (2006: 51-55). Aunque *El mundo alucinante* corresponde a la primera década del gobierno revolucionario, y por lo tanto no puede considerarse dentro de aquella contienda, el panorama sirve para pensar el enfrentamiento entre diversas lecturas o apropiaciones de este panteón nacional en el interior mismo de la cultura cubana. Visto desde esta perspectiva, podemos considerar a Heredia como una de esas figuras que entran en disputa, al inaugurar al mismo tiempo dos roles que más de una vez irán de la mano en la historia de Cuba: el poeta y el desterrado. Asimismo, la inclusión de este personaje le ofrece a Arenas la oportunidad de poner en juego la situación del escritor, su rol como intelectual y su vínculo con el poder político en cubano específicamente.

Pasamos entonces a *El mundo alucinante*. Allí vemos que el personaje de Heredia no se incorpora sino hasta el penúltimo capítulo. Primero emerge en ausencia, en un desfase entre el ser y el aparecer, mencionado en los pensamientos del fraile: “‘Por suerte’, pensó, ‘mi amigo Heredia no llega a tales extremos.’ Y miró para un lado del corredor, buscando al poeta mencionado. Pero Heredia todavía no había hecho su aparición” (285). Quien lee repite los gestos del personaje de fray Servando: busca al poeta aludido pero no lo encuentra, dado que el personaje “todavía no había hecho su aparición” en ninguno de los dos niveles: ni en la escena del palacio ni en la acción narrativa transcurrida hasta ese punto. De este modo, el pasaje funciona como prolepsis, e incluso, a partir de ese juego con la doble ausencia, se hace explícito el anacronismo narrativo. Unas páginas después, Heredia irrumpe ante Teresa de Mier, pero aún sin cuerpo: el poeta cobra la forma de una voz, una mano y unos versos de “Niágara”: “Pero entonces sonó una voz a sus espaldas, y una mano, aferrándose a su hombro, lo detuvo. ‘Torrente prodigioso –dijo la voz–, calma, acalla tu trueno aterrador: disipa un tanto las tinieblas que en torno te circundan, y déjame mirar tu faz serena” (290). La aparición resulta paradigmática: en tanto poeta, lo que se privilegia es la voz. Es significativo además el uso de la intertextualidad, ya que en este

<sup>7</sup> La amonestación de los contemporáneos de Heredia mencionada por Arenas se refiere en particular a la respuesta de Delmonte, amigo del poeta, ante dicha carta. Ruiz Miyares, especialista en Heredia, recupera los siguientes criterios en relación con este tema: Salvador Bueno: “Desilusionado por las continuas luchas civiles, Heredia renuncia a sus ideas liberales. Escribe (...) una carta al capitán general Tacón, pidiéndole licencia para regresar a Cuba. Retorna a La Habana, sus amigos lo desdeñan, visita a su madre. Su estancia dura dos meses. Vuelve a México y muere el 7 de mayo de 1839” (*Historia de la Literatura Cubana*. La Habana: Ministerio de Educación, 1963. p. 63). Rine Leal: “Escribe a Tacón una carta implorando su regreso a Cuba dentro de la amnistía dictada por la regente Cristina, y se arrepiente de sus ideales libertadores. Apenas dos meses vive en Cuba luego de una ausencia de trece años. Un solo amigo, el eterno Domingo Delmonte, lo recibe, pero lo marca para siempre al llamarle ángel caído, y a los 33 años Heredia es una sombra del adolescente que huyó de su patria como todo un personaje trágico” (*La Selva Oscura*. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1975 pp. 127-128). *Diccionario de la Literatura cubana*: “Escribe a Miguel Tacón una carta (...) en la que se retracta de sus ideales revolucionarios y solicita permiso para volver a su patria (...) Concedido el permiso, llega a La Habana a principios de noviembre. Sus antiguos amigos, con Domingo Delmonte a la cabeza, desaprueban la carta a Tacón y rehúyen su compañía. Enfermo y desalentado, embarca de regreso hacia Veracruz en enero de 1837” (Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1980. Tomo I, p. 432) (citados en Ruiz Miyares 2003).

caso, el nombre propio de José María Heredia no aparece sino en la nota al pie con la referencia bibliográfica correspondiente a la cita, esgrimiendo una estrategia textual que busca el efecto de apego a las fuentes. No obstante, Arenas, autor-ventríloco, retoma esos versos manipulando la cita textual: si el poema originalmente invoca al Niágara, aquí adopta como interlocutor y referente al protagonista de la novela.

Si consideramos al fraile como epítome de la figura del exiliado, podría pensarse *El mundo alucinante* como una novela de aprendizaje personal donde el saber por adquirir proviene de esa experiencia del destierro. Una vez efectuado el retorno del fraile, comienza la vida de exiliado de Heredia, quien retoma la posta del exilio. Puede pensarse entonces, entre los dos personajes, un vínculo del tipo maestro y aprendiz a partir de las siguientes evaluaciones del fraile sobre el poeta: “Pobre alimaña, pensó. Es un fugitivo, tiene derecho a la vida porque todavía la desconoce.” (290), “‘Pobre diablo’, pensó el fraile (...) Se inicia en el destierro. Debo ser más piadoso’.” (291), “después de todo es tan joven, y está solo, y desterrado” (306). En las tres citas se repite el tema del destierro asociado a la juventud, el desconocimiento, la iniciación. El saber que se pondera es un saber asociado a la supervivencia, el fraile posee el saber del que el poeta carece, la prueba de ese saber es el hecho de haber sobrevivido.

Sin lugar a dudas, la presencia del personaje de Heredia alcanza su mayor relevancia en el contrapunto de la conversación con el fraile. El contraste se presenta entre los parlamentos de los personajes pero también entre lo que dice y lo que piensa cada uno de ellos, al hacer una apología de sí mismos que se refuta en el pensamiento del otro. Sin embargo, más allá de las discrepancias y aparentes diferencias entre ambos, lo que subyace y se destaca es un destino común: el destierro, la insatisfacción constante, las contradicciones. Prueba de ello son las mutuas acusaciones de incongruencia de pensamiento y acción con que se increpan. Fray Servando acusa en su fuero interno al poeta de traicionarse a sí mismo y estar lleno de contradicciones, de ser “llorón y melancólico” (297), aunque siente “lástima de aquel ser contradictorio” (298), el cual “*nunca se define. Publica un artículo en El Conservador y se declara a la vez partidario de la revolución de Santa Anna, se queja constantemente de estos climas brutales y le escribe un himno al sol*” (295)<sup>8</sup>. A su vez, Heredia reprueba en Teresa de Mier esa misma conducta:

*Se queja y protesta por todo, todo lo revisa y quiere enmendarlo. Dice horrores contra el presidente Victoria, que tantas sandeces y caduquerías le soporta (...). Es un loco: después que lucha por la independencia quiere una constitución centralizada. Pretende rectificar hasta el Antiguo Testamento... (293)*<sup>9</sup>

En determinado momento, las acusaciones recíprocas se suspenden para dar lugar al alegato del fraile en defensa de ese carácter contradictorio compartido por ambos, aunándolos en la primera persona del plural: “De nada sirve lo que hemos hecho si no danzamos al son de la última cornetilla. De nada sirve. Y si pretendes rectificar los errores no eres más que un traidor, y si pretendes modificar las bestialidades no eres más que un cínico revisionista” (294). De esta manera se ratifica la relación especular entre sendos personajes y queda subrayado el lazo que los une: las idas, vueltas y rectificaciones en el camino lleno de encrucijadas del intelectual.

<sup>8</sup> En cursivas en el original.

<sup>9</sup> En cursivas en el original.

Pero quizá la mayor vindicación que se hace en la novela del pensar, decir y hacer contradictorios no se encuentre en la defensa que alega el fraile, sino en la propia técnica narrativa esgrimida en la novela, con las versiones diversas y enfrentadas sobre los hechos provistas por las múltiples voces narrativas. Nuevamente es el “autor ventrílocuo”, que se deja oír en el prólogo, quien con pulso firme dirige la mirada del lector (de algún modo, haciendo lo contrario de lo que promulga) y lo obliga a hacer foco en esa dimensión de su escritura, con la siguiente advertencia: “Quien, por truculencias del azar, lea alguno de mis libros, no encontrará en ellos una contradicción, sino varias; no un tono, sino muchos; no una línea, sino varios círculos” (21).

Para concluir, podemos pensar un último sentido en torno a este gesto: el de decir-contradictorio a la tradición, contra la imagen sacralizada del poeta patriota y mártir, para volver a sacralizarlo, por decirlo de algún modo, desde su cualidad de “hereje”. Y si bien la figura de Teresa de Mier, con la cual se identifica Arenas en el prólogo a partir de la consabida frase “tú y yo somos la misma persona” (23), conlleva la problematización del rol del escritor e intelectual frente al poder, el papel de Heredia se superpone parcialmente pero incorpora otro matiz: la función del poeta. Función que se explicita en las palabras puestas en boca del propio personaje: “Porque de todas las desgracias de la tierra (...), ninguna es tan terrible como la del poeta, porque no solamente debe sufrir con más vehemencia las calamidades sino que también debe interpretarlas” (292). Como señala Gramuglio, las imágenes que los escritores conciben en sus textos constituyen “proyecciones, autoimágenes, y también anti-imágenes o contrafiguras de sí mismos”, que permiten leer “cómo el escritor representa, en la dimensión imaginaria, la constitución de su subjetividad en tanto escritor, y también, más allá de lo estrictamente subjetivo, cuál es el lugar que piensa para sí en la literatura y la sociedad” (1992: 38). Esto nos lleva a considerar la reinención de la imagen de Heredia por parte de Arenas en tanto un mecanismo de autorrepresentación del rol de escritor e intelectual según lo piensa para sí mismo. De este modo, coincidimos también con la lectura de Silva, quien analiza *El mundo alucinante* en tanto construcción consciente e intencional de la disidencia,<sup>10</sup> revelando el gesto de Arenas de fraguarse un lugar de víctima que todavía no se había visto obligado a ocupar. Dice Silva:

la figura del intelectual perseguido y enfrentado al poder es diseñada en esta novela de 1966 como un perfil paradigmático, perfil que luego veremos prolongarse en el autorretrato de Arenas y que tal vez deba leerse como su temprano modelo, un incipiente y productivo ideal del yo. (2011: 77)

Sin embargo, además de la configuración proyectiva de un ideal del yo anclado en la disidencia, nos permitimos pensar un movimiento retrospectivo en la autofiguración del autor. Es conocido el episodio en que Arenas, siendo aún adolescente, se escapa de su hogar para unirse a los rebeldes, en los prolegómenos de la revolución cubana. Podemos decir que es conocido porque el mismo Arenas se encargó de narrar este suceso tanto en la ficción (en el cuento “Comienza el desfile”<sup>11</sup>) como en su autobiografía (el capítulo titulado

<sup>10</sup> Al contrario de otras interpretaciones que plantean en términos “premonitorios” la epopeya del exilio que vive el protagonista de la novela y ciertas circunstancias similares que le habrían de acontecer al autor años más tarde, dando lugar a su exilio por medio del éxodo de Mariel (cfr. Hasson 1992).

<sup>11</sup> Publicado originalmente en el tomo de cuentos *Con los ojos cerrados* (Montevideo: Arca, 1972. En 1981, el libro se reedita con el título *Termina el desfile*, con el agregado del cuento homónimo).

“Rebelde”). Y si hay un dato que no hace falta justificar, porque Arenas lo enunció hasta la redundancia, es su abierta oposición al gobierno de Fidel Castro. El punto crucial, el momento en que Arenas toma distancia abiertamente del modelo revolucionario, sería entonces la redacción y presentación de *El mundo alucinante* en el concurso de la UNEAC (Unión de Escritores y Artistas de Cuba) en 1966. La vindicación de las contradicciones, patente en el fraile pero explícita en el encuentro con José María Heredia, se deja pensar como un aviso de las discordancias del propio Arenas en ese momento coyuntural, un posicionamiento que toma distancia de la revolución después de aquella adhesión preliminar.

Arenas modela una nueva figura de Heredia que extiende su trayectoria de manera retroactiva hacia el pasado, para él y para su precursor, en un mismo movimiento. Podemos pensar que, en algún punto, lo que Arenas va a hacer es disociar lo cubano de lo revolucionario, o por lo menos de las construcciones culturales que el gobierno revolucionario erige como símbolos de la patria. De este modo, la imagen de Heredia creada por Arenas resulta más cercana al retrato efectuado por Lezama Lima: el tipo del poeta cubano marcado por el anatema del exilio; pero a su vez sumando un nuevo aspecto, una nueva maldición: la de decir en contra del poder pero, también, la de contradecirse a sí mismo.

## Bibliografía

Altenberg, Tilmann. “La crisis de la ideología panhispánica en la obra de José María Heredia 'La visión' (1821): una temprana versión desconocida del poema 'Las sombras' (1825)”. En *Nueva Revista de Filología Hispánica* 54 (1), 2006, pp. 143-173.

Arenas, Reinaldo. *El mundo alucinante. Una novela de aventuras*. Barcelona: Tusquets, 2001.

\_\_\_\_\_. *Con los ojos cerrados*. Montevideo: Arca, 1972.

\_\_\_\_\_. *Termina el desfile*. Barcelona: Seix Barral, 1981.

\_\_\_\_\_. *Antes que anochezca*. Barcelona: Tusquets, 2004.

Augier, Ángel. “José María Heredia: novela y realidad de América Latina”. En *Revista Iberoamericana*, vol. LVI, N° 152-153, Julio-Diciembre 1990, pp. 733-746.

Borges, Jorge Luis. “Kafka y sus precursores”. En *Obras Completas II*. Buenos Aires: Emecé, 2009, pp. 107-109.

Chapman, Arnold. “Unos versos olvidados de José María Heredia”. En *Revista Iberoamericana*, vol. XXVII, N° 52, Julio-Diciembre 1961, pp. 357-366.

Gramuglio, Ma. Teresa. “La construcción de la imagen”. En Tizón, H., R. Ranabal y Ma. T. Gramuglio. *La escritura argentina*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral / De la Cortada, 1992.

Hasson, Liliane. “Antes que anochezca (Autobiografía): una lectura distinta de la obra de Reinaldo Arenas”. En Ette, O. (ed. y comp.) *La escritura de la memoria*. Frankfurt: VervuertVerlag, 1992, pp. 165-173.

Heredia, José María. *Poesías, discursos y cartas de José María Heredia con una biografía del poeta por María Lacoste de Arufe*. Tomo I. La Habana: Cultural, 1939.

Lezama Lima, José. “José María Heredia”. En *Antología de la poesía cubana*. Tomo II. Madrid: Verbum, 2002, pp. 17-24.

\_\_\_\_\_. “Conferencia sobre José María Heredia”. En *Fascinación de la memoria*. La Habana-Madrid: Editorial Letras Cubanas, 1993, pp. 90-104.

Martí, José. “Heredia”. Disponible en <http://www.josemarti.cu/files/Heredia>. PDF (Consultado 16/10/2012).

\_\_\_\_\_. “Carta a Enrique Trujillo”. Nueva York, noviembre de 1889, *Epistolario de José Martí*. La Habana: Centro de Estudios Martianos. Editorial Ciencias Sociales, 1993, T. 2., p. 149.

Piñeyro, Enrique. “José María Heredia”. En *Bulletin Hispanique*. T. 9, N° 2, 1907, pp. 186-209.

Rojas, Rafael. *Tumbas sin sosiego*, Barcelona: Anagrama, 2006.

\_\_\_\_\_. “José María Heredia y la tradición republicana”. En *Documentos de Trabajo del CIDE* N° 48. México: Centro de Investigación y Docencia Económicas, 2007.

Ruiz Miyares, Oscar. “Heredia y México (VIII parte)”. En *Periódico CUBARTE* [en línea]. 18-12-2003 [citado 20-10-2012]. Disponible en Internet: <<http://www.cubarte.cult.cu/periodico/opinion/11002/11002.html>>.

Silva, Ma. Guadalupe. “*El mundo alucinante: construcción de la disidencia*”. En *Anclajes* [en línea]. 2011, vol. 15, N° 1 [citado 26-10-2012], pp. 61-79. Disponible en Internet: <<http://www.fchst.unlpam.edu.ar/ojs/index.php/anclajes/article/view/102/116>>. ISSN 1851-4669.

Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Las Cuarenta, 2009.